

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año L, número 15 (2.562)

Ciudad del Vaticano

13 de abril de 2018

Desde el corazón del pontificado

GIOVANNI MARIA VIAN

Nace desde el corazón del pontificado de Francisco el documento sobre la santidad en el mundo de hoy. Y es un reclamo a la radicalidad del Evangelio el elemento conductor que recorre toda la exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, en alternativa a una «existencia mediocre, aguada, licuada». Un texto tal vez por muchos inesperado y que, en cambio, con un planteamiento y trazos indudablemente personales, revela el rostro más auténtico del Papa. En la referencia constante a las Escrituras y a la continuidad de la tradición cristiana que está a menudo garantizada por el testimonio de las mujeres: «nuestra madre, una abuela» señala Bergoglio, siempre atento al componente femenino de la Iglesia.

La primera cita no bíblica es así de la homilía de Benedicto XVI por el inicio de su pontificado, con la alusión a la realidad misteriosa y también tan real de la comunión de los santos, gracias a la cual «estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios». Pero no se trata solo de figuras formalmente proclamadas santas o beatas, como en el caso del primer modelo de santidad contemporánea citado, el de una joven mujer, Maria Gabriella Sagheddu, que ofreció su vida por la unidad de los cristianos. Una característica del texto, importante para el Papa, es, de hecho, la de subrayar una santidad que se podría definir como ordinaria, es decir, de todos los días, en el vital contexto comunitario cristiano.

Es la existencia cotidiana de la Iglesia militante, simple y ejemplar, que permanece oculta en la historia: hombres que trabajan para «llevar el pan a su casa», enfermos a menudo solos, «religiosas ancianas que siguen sonriendo»; en una sola y eficaz expresión, esa «clase media de la santidad» descrita por el escritor francés Joseph Malègue que fascinó al joven Bergoglio. Dimensión cotidiana por otro lado ya presente en la realidad



El Bautismo
es un signo
de renacimiento

La semana del Papa

Fomentar la paz

«*Que nuestra historia humana pueda convertirse en un florecimiento de liberación, de crecimiento, de salvación y de amor*»
(A la señora de Chaponay, 6 de abril de 2018)

Oración y pobres

«*La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria*»
(A los Sacerdotes del Prado, 7 de abril de 2018)

Mensaje de Dios

«*El reino de Dios significa amor con Dios y amor entre nosotros, formar una gran familia de hermanos y hermanas con Dios como Padre, que ama a todos sus hijos*»
(A los jóvenes de Brescia, 7 de abril de 2018)

Transmitir la fe

«*La contemplación del misterio de la encarnación, en particular de la adoración eucarística, de donde vosotros sacáis el dinamismo misionero para anunciar la Buena Noticia a todos aquellos a los que Jesús ofrece su amistad*»
(A la comunidad Emmanuel, 7 de abril de 2018)

Al servicio de la paz

El Papa Francisco recibió en audiencia el viernes 6 de abril a la señora Henryane de Chaponay, fundadora del Centro de Estudios del Desarrollo en América Latina (CEDAL) y a algunos miembros de esta institución que se ocupa de fomentar la paz, promover la solidaridad, la justicia social y el desarrollo sostenible. En las palabras que les dedicó, Francisco destacó el compromiso del centro «al servicio de la paz, de la defensa de los derechos humanos, de la protección de nuestra tierra y del apoyo a una sociedad más humana y fraternal». También subrayó que la «incansable creatividad» de la señora de Chaponay ha dado importantes frutos a través de la iniciativa *Diálogos en Humanidad*, «cuyos encuentros están dirigidos a volver a centrar las políticas en la humanidad, para construir una ciudadanía que cuide de la «casa común». El Pontífice también puso de relieve algunos proyectos del Centro y resaltó la importancia de suscitar «el arte de vivir juntos en sencillez, benevolencia, fraternidad y educar en la cultura del respeto y del encuentro, la única capaz de construir un futuro a la altura del ideal del hombre». Para finalizar, el Papa recordó su auspicio para que «nuestra historia humana pueda convertirse en un florecimiento de liberación, de crecimiento, de salvación y de amor» (cf. Enc. *Laudato si'*, 79), como también ha hecho en otras ocasiones a través de su encíclica *Laudato si'*, varios mensajes y al convocar el próximo sínodo de la Amazonia que se celebrará en octubre de 2019.

La atención a los pobres

Francisco recordó en su discurso, el 7 de abril, a una delegación de sacerdotes del Prado que «nuestra época conoce también sus pobreza antiguas y nuevas, materiales y espirituales, y son muchos a nuestro alrededor, los que experimentan el sufrimiento, las heridas, las miserias y las angustias de todo tipo. Con frecuencia están muy lejos de la Iglesia e ignoran completamente la alegría y el consuelo que vienen del Evangelio». Los sacerdotes del Prado son una familia espiritual fundada en Francia por el beato Antonio Chevrier. Junto a religiosas y

consagradas, asisten a pobres en más de 50 países del mundo. Francisco también subrayó que «la opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria» y resaltó que la inmensa mayoría de los pobres «tiene una particular apertura a la fe, necesitan de Dios, y la falta de atención espiritual al tratarlos constituye la peor discriminación». Después de animar la acción pastoral que el carisma lleva adelante, el Pontífice confió que le toca personalmente «y está en el corazón de la renovación misionera a la que toda la Iglesia está llamada, porque existe una íntima conexión entre evangelización y promoción humana, que debe necesariamente expresarse y desarrollarse en toda la acción evangelizadora». A continuación, Francisco recordó la figura de Chevrier, beatificado por Juan Pablo II en Lyon, Francia en 1986 y recordó su «inmensa compasión por los pobres, comprendiendo y compartiendo sus sufrimientos».

Verdadera escucha de los jóvenes

Para el Papa Francisco es muy importante que el próximo Sínodo de los obispos, que tratará sobre «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional», sea preparado con una verdadera escucha de los jóvenes. Así lo indicó él mismo en su discurso a los jóvenes de la diócesis de Brescia, con quienes se reunió el pasado 7 de abril en el Aula Pablo VI. Y con «verdadera escucha» el Pontífice quiere decir «también la disponibilidad a cambiar algo, a caminar juntos, a compartir los sueños». Además, el Papa lanzó algunas preguntas a los jóvenes presentes: «¿Estáis dispuestos a escuchar a Jesús y a cambiar algo de vosotros mismos?». «¿Estoy dispuesto a hacer mis sueños de Jesús?». «¿Tengo miedo de que sus sueños puedan «molestar» a los míos?». El sueño de Jesús —precisó Francisco— es el que en los Evangelios es llamado reino de Dios. «El reino de Dios significa amor con Dios y amor entre nosotros, formar una gran familia de hermanos y hermanas con Dios como Padre, que ama a todos sus hijos y está lleno de alegría cuando uno se ha perdido y vuelve a casa». Por otro lado, les explicó qué significa el

«renegarse a uno mismo» que pidió Jesús. Se refiere al «hombre viejo» que hay en cada uno de nosotros: un «yo egoísta que no sigue la lógica de Dios, la lógica del amor, sino que sigue la lógica opuesta, la del egoísmo, del hacer el propio interés, enmascarado a menudo por una fachada buena, para esconderlo». Finalmente, el Pontífice les propuso el ejemplo de Giovanni Battista Montini, Pablo VI. Y les invitó, no tanto a recordarlo como Papa, sino en su tiempo de juventud, «cómo era en su familia, como estudiante, en el oratorio, cuáles eran sus «sueños»».

Dinamismo misionero para anunciar la Buena Noticia

Los miembros de la comunidad Emmanuel, con ocasión de su encuentro anual que este año ha tenido lugar en Roma, fueron recibidos por el Papa Francisco en la mañana del 7 de abril. De este modo, el Pontífice tuvo ocasión de darles las gracias por su «fidelidad y apego» al Sucesor de Pedro y manifestó el aprecio con el que ve su compromiso misionero presente ya en todos los continentes, así como alentares en la perseverancia en el futuro. Tal y como explicó en su discurso, el carisma de la comunidad de Emmanuel está inscrito en su nombre: Dios con nosotros. «Es esencialmente de la contemplación del misterio de la encarnación, en particular de la adoración eucarística, de donde vosotros sacáis el dinamismo misionero para anunciar la Buena Noticia a todos aquellos a los que Jesús ofrece su amistad», indicó el Papa. Asimismo, les animó a descubrir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, donde el Espíritu les mande, «la misericordia de Dios que nos ha amado hasta el punto de habitar en medio de nosotros». También el Papa manifestó su deseo de que pueda, allí donde la Comunidad está presente, manifestarse la Misericordia del Padre, en particular hacia los más pobres —en el corazón y en el cuerpo— curando sus heridas con la consolación del Evangelio, con la solidaridad y la atención. Para concluir, Francisco aseguró que no hay libertad más grande que dejarse guiar por el Espíritu y permitirle iluminarnos y conducirnos donde quiere.

La misa de la Divina misericordia

De la gracia de la vergüenza a la alegría del perdón

El Papa Francisco celebró en la plaza San Pedro, la mañana del 8 de abril, la misa del segundo domingo de Pascua. Con él concelebraron cinco cardenales, el arzobispo Rino Fisichella y numerosos sacerdotes misioneros de la misericordia.

En el Evangelio de hoy aparecen varias veces el verbo ver: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20, 20); luego, dijeron a Tomás: «Hemos visto al Señor» (v. 25). Pero el Evangelio no describe al Resucitado ni cómo lo vieron; solo hace notar un detalle: «Les enseñó las manos y el costado» (v. 20). Es como si quisiera decirnos que los discípulos reconocieron a Jesús de ese modo: a través de sus llagas. Lo mismo sucedió a Tomás; también él quería ver «en sus manos la señal de los clavos» (v. 25) y después de haber visto creyó (v. 27).

A pesar de su incredulidad, debemos agradecer a Tomás que no se conformara con escuchar a los demás decir que Jesús estaba vivo, ni tampoco con verlo en carne y hueso, sino que quiso ver en profundidad, tocar sus heridas, los signos de su amor. El Evangelio llama a Tomás «Dídimo» (v. 24), es decir, mellizo, y en su actitud es verdaderamente nuestro hermano mellizo. Porque tampoco para nosotros es suficiente saber que Dios existe; no nos llena la vida un Dios resucitado pero lejano; no nos atrae un Dios distante, por más que sea justo y santo. No, tenemos también la necesidad de «ver a Dios», de palpar que él resucitó, resucitó por nosotros.

¿Cómo podemos verlo? Como los discípulos, a través de sus llagas. Al mirarlas, ellos comprendieron que su amor no era una farsa y que los perdonaba, a pesar de que estuviera entre ellos quien lo renegó y quien lo abandonó. Entrar en sus llagas es contemplar el amor inmenso que brota de su corazón. Este es el camino. Es entender que su corazón palpita por mí, por ti, por cada uno de nosotros. Queridos hermanos y hermanas: Podemos considerarnos y llamarnos cristianos, y hablar de los grandes valores de la fe, pero, como los discípulos, necesitamos ver a Jesús tocando su amor. Solo así vamos al corazón de la fe y encontramos, como los discípulos, una paz y una alegría (cf. vv. 19-20) que son más sólidas que cualquier duda.

Tomás, después de haber visto las llagas del Señor, exclamó: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Quisiera llamar la atención sobre este adjetivo que Tomás repite: mío. Es un adjetivo posesivo y, si reflexionamos, podría parecer fuera de lugar atribuirlo a Dios: ¿Cómo puede Dios ser mío? ¿Cómo puedo hacer mío al Omnipotente? En realidad, diciendo mío no profanamos a Dios, sino que honramos su misericordia, porque él es el que ha querido «hacerse nuestro». Y como en una historia de amor, le decimos: «Te hiciste hombre por mí, moriste y resucitaste por mí, y entonces no eres solo Dios;

eres mi Dios, eres mi vida. En ti he encontrado el amor que buscaba y mucho más de lo que jamás hubiera imaginado».

Dios no se ofende de ser «nuestro», porque el amor pide intimidad, la misericordia suplica confianza. Cuando Dios comenzó a dar los diez mandamientos ya decía: «Yo soy el Señor, tu Dios» (Ex 20, 2) y reiteraba: «Yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso» (v. 5). He aquí la propuesta de Dios, amante celoso que se presenta como tu Dios. Y la respuesta brota del corazón conmovido de Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Entrando hoy en el misterio de Dios a través de las llagas, comprendemos que la misericordia no es una entre otras cualidades suyas, sino el latido mismo de su corazón. Y entonces, como Tomás, no vivimos más como discípulos inseguros, devotos pero vacilantes, sino que nos convertimos también en verdaderos enamorados del Señor. No tengamos miedo a esta palabra: enamorados del Señor. ¿Cómo saborear este



amor, cómo tocar hoy con la mano la misericordia de Jesús? Nos lo sugiere el Evangelio, cuando pone en evidencia que la misma noche de Pascua (cf. v. 19), lo primero que hizo Jesús apenas resucitado fue dar el Espíritu para perdonar los pecados. Para experimentar el amor hay que pasar por allí: dejarse perdonar. Dejarse perdonar. Me pregunto a mí, y a cada uno de vosotros: ¿Me dejo perdonar? Para experimentar ese amor, se necesita pasar por esto: ¿Me dejo perdonar? «Pero, Padre, ir a confesarse parece difícil...», porque nos viene la tentación ante Dios de hacer como los discípulos en el Evangelio: atrincherarnos con las puertas cerradas. Ellos lo hacían por miedo y nosotros también tenemos miedo, vergüenza de abrirnos y decir los pecados. Que el Señor nos conceda la gracia de comprender la vergüenza, de no considerarla como una puerta cerrada, sino como el primer paso del encuentro. Cuando sentimos vergüenza, debemos estar agradecidos: quiere decir que no aceptamos el mal, y esto es bueno. La vergüenza es una invitación secreta del alma que necesita del Señor para vencer el mal. El drama es-

ta cuando no nos avergonzamos ya de nada. No tengamos miedo de sentir vergüenza. Pasemos de la vergüenza al perdón. No tengáis miedo de sentir vergüenza. No tengáis miedo. Existe, en cambio, una puerta cerrada ante el perdón del Señor, la de la resignación. La resignación es siempre una puerta cerrada. La experimentaron los discípulos, que en la Pascua constataban amargamente que todo había vuelto a ser como antes. Estaban todavía allí, en Jerusalén, desalentados; el «capítulo Jesús» parecía terminado y después de tanto tiempo con él nada había cambiado, se resignaron. También nosotros podemos pensar: «Soy cristiano desde hace mucho tiempo y, sin embargo, en mí no cambia nada, como siempre los mismos pecados». Entonces, desalentados, renunciamos a la misericordia. Pero el Señor nos interpela: «¿No crees que mi misericordia es más grande que tu miseria? ¿Eres reincidente en pecar? Sé reincidente en pedir misericordia, y veremos quién gana». Además —quien

fuera. Pero cuando nos confesamos acontece lo inaudito: descubrimos que precisamente ese pecado, que nos mantenía alejados del Señor, se convierte en el lugar del encuentro con él. Allí, el Dios herido de amor sale al encuentro de nuestras heridas. Y hace que nuestras llagas miserables sean similares a sus llagas gloriosas. Existe una transformación: mi llaga miserable se parece a sus llagas gloriosas. Porque él es misericordia y obra maravillas en nuestras miserias. Pidamos hoy como Tomás la gracia de reconocer a nuestro Dios, de encontrar en su perdón nuestra alegría, de encontrar en su misericordia nuestra esperanza.

Un nuevo sentido llamamiento por la paz en Siria fue lanzado por el Papa al finalizar el Regina Coeli. Antes de impartir la bendición final, el Pontífice guió la oración mariana.

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de la bendición final, nos dirigiremos en oración a nuestra Madre celeste. Pero antes quiero daros las gracias a todos vosotros que habéis participado en esta celebración, en particular a los Misioneros de la Misericordia, reunidos para su encuentro. ¡Gracias por vuestro servicio! A nuestros hermanos y hermanas de las Iglesias Orientales que hoy, según el calendario juliano, celebran la Solemnidad de Pascua, envío mis deseos más cordiales. El Señor resucitado les colme de luces y de paz, y conforte a las comunidades que viven en situaciones particularmente difíciles. Un saludo especial dirijo a los gitanos y a los sinti aquí presentes, con ocasión de su Jornada Internacional, el «Romanò Divres». Deseo paz y hermandad a los miembros de estos antiguos pueblos, y deseo que la jornada de hoy favorezca la cultura del encuentro, con la buena voluntad de conocerse y respetarse mutuamente. Es este el camino que nos lleva a una verdadera integración. Queridos gitanos y sinti, rezad por mí y recemos juntos por vuestros hermanos refugiados sirios. Saludo a todos los demás peregrinos aquí presentes, a los grupos parroquiales, a las familias, a las asociaciones; y juntos nos ponemos bajo el manto de María, Madre de la Misericordia. (...)

Llegan de Siria noticias terribles de bombardeos con decenas de víctimas, muchas de ellas son mujeres y niños. Noticias de muchas personas golpeadas por los efectos de sustancias químicas contenidas en las bombas. Rezamos por todos los difuntos, por los heridos, por las familias que sufren. No hay una guerra buena y una mala, y nada, nada puede justificar el uso de tales instrumentos de exterminio contra personas y poblaciones inermes. Recemos para que los responsables políticos y militares elijan el otro camino, el de la negociación, el único que puede llevar a una paz que no sea la de la muerte y de la destrucción.

INFORMACIÓN VATICANA



NOMBRAMIENTOS Y RENUNCIAS

EL PAPA HA NOMBRADO

Miembros del Consejo presinodal que colaborará con la Secretaría General en la preparación de dicha Asamblea Especial:

Card. CLÁUDIO HUMMES, O.F.M., arzobispo emérito de São Paulo (Brasil), presidente de la Red Eclesial Panamazónica.

Card. PETER KODWO APPIAH TURKSON, Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

Card. CARLOS AGUIAR RETES, arzobispo de México (México).

Mons. PEDRO RICARDO BARRETO JIMENO, S.I., arzobispo de Huancayo (Perú), Vicepresidente de la Red Eclesial Panamazónica.

Mons. PAUL RICHARD GALLAGHER, arzobispo titular de Hodelm, secretario para las Relaciones con los Estados.

Mons. EDMUNDO PONCIANO VALENZUELA MELLID, S.D.B., Arzobispo de Asunción (Paraguay).

Mons. ROQUE PALOSCHI, arzobispo de Porto Velho, Rondônia (Brasil).

Mons. ÓSCAR VICENTE OJEA, obispo de San Isidro, presidente de la Conferencia Episcopal (Argentina).

Mons. NERI JOSÉ TONDELLO, obispo de Juína, Mato Grosso (Brasil).

Mons. KAREL MARTINUS CHOENNIE, Obispo de Paramaribo (Surinam).

Mons. ERWIN KRÄUTLER, C.P.P.S., prelado emérito de Xingu, Pará (Brasil).

Mons. JOSÉ ÁNGEL DIVASSÓN CILVETI, S.D.B., ex vicario apostólico de Puerto Ayacucho (Venezuela), obispo titular de Bamacora.

Mons. RAFAEL COB GARCÍA, Vicario Apostólico de Puyo, Obispo titular de Cerebali (Ecuador).

Mons. EUGENIO COTER, vicario apostólico de Pando, obispo titular de Tibiuca (Bolivia).

Mons. JOAQUÍN HUMBERTO PINZÓN GÜIZA, I.M.C., vicario apostólico de Puerto Leguizamo-Solano, obispo titular de Ottocio (Colombia).

Mons. DAVID MARTÍNEZ DE AGUIRRE GUINEA, O.P., vicario apostólico de Puerto Maldonado, obispo titular de Izirzada (Perú).

Sor MARÍA IRENE LOPES DOS SANTOS, S.C.M.S.T.B.G., delegada de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas (CLAR).

Sr. MAURICIO LÓPEZ, secretario ejecutivo de la REPAM (Ecuador).

Obispo auxiliar de la diócesis de São Carlos (Brasil) a EDUARDO MALASPINA, del clero de la misma diócesis, hasta ahora vicario general y párroco de São Nicolau de Flüe a São Carlos, asignándole la sede titular episcopal de Pupiana.

Obispo de la diócesis de Matehuala (México) a MARGARITO SALAZAR CÁRDENAS, del clero de la diócesis de Matamoros, hasta ahora párroco de Nuestra Señora de Guadalupe.

Obispo de Alajuela (Costa Rica) a P. BARTOLOMÉ BUIGUES OLLER, T.C., hasta ahora consejero provincial superior local y maestro de novicios en el Seminario de los Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores en San José (Costa Rica).

Obispo de Las Vegas (EE.UU.) a monseñor GEORGE LEO THOMAS, hasta ahora obispo de Helena.

Nuncio apostólico en Santa Lucía, en Grenada y en Bahamas a monseñor FORTUNATUS Nwachukwu, arzobispo titular de Acquaviva, nuncio apostólico en Trinidad y Tobago, Antigua y Barbuda, Barbados, Dominica, Jamaica, San Cristóbal y Nieves, San Vicente y las Granadinas, República Cooperativa de la Guayana y delegado Apóstolico en las Antillas.

Obispo de Tandag (Filipinas) a RAUL B. DAEL, del clero de la archidiócesis de Cagayan de Oro, hasta ahora vicario episcopal para el clero.

Subsecretaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica a sor CARMEN ROS NORTES, N.S.C., de las hermanas de Nuestra Señora de la Consolación, hasta ahora oficial en el mismo dicasterio.

El Papa ha trasladado a monseñor ROBERT J. COYLE, obispo titular de Zabi, de la oficina de auxiliar del Ordinariato Militar EE.UU. al de auxiliar de la diócesis de Rockville Centre (EE.UU.).

Obispo de Iba (Filipinas) a Mons. BARTOLOMÉ GASPAS SANTOS, del clero de la diócesis de Malolos, hasta ahora vicario general.

Arzobispo metropolitano de Jaro (Filipinas) a Mons. JOSÉ ROMEO LAZO ORQUEJO, trasladándolo de la sede de San José de Antique.

Obispo de Mati (Filipinas) al Revdo. Mons. ABEL C. APIGO, del clero de la archidiócesis de Davao, hasta ahora rector del seminario regional de St. Francis Xavier en Davao.

Arzobispo metropolitano de Antequera, Oaxaca (México) a Mons. PEDRO VÁZQUEZ VILLALOBOS, hasta ahora obispo de Puerto Escondido.

Ceremoniero pontificio al Revdo. Mons. KRZYSZTOF MARCJANOWICZ, del clero de la archidiócesis de Cracovia y oficial del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.

Obispo de la diócesis de Lages (Brasil) a Mons. GUILHERME ANTÔNIO WERLANG, M.S.F., TRANSFIRIÉNDOLO DE LA DIÓCESIS DE IPAMERI.

Obispo de la diócesis de Vanimo (Papúa Nueva Guinea), a FRANCIS MELI, del clero

de la diócesis de Rabaul, hasta ahora vicario judicial de Rabaul y párroco de la catedral de Sacred Heart en Vanapope.

Obispo auxiliar de Atlanta (EEUU) a P. JOEL M., KONZEN S.M., de la Sociedad de María, decano de la «Escuela Marista» en Atlanta (Georgia), asignándole la sede titular de Leavenworth.

Obispo de Istmina-Tadó (Colombia) a MARIO DE JESÚS ÁLVAREZ GÓMEZ, del clero de la diócesis de Santa Rosa de Osos (Colombia), hasta ahora director nacional de las Obras Misionales Pontificias.

EL PAPA HA ACEPTADO LAS RENUNCIAS

Al gobierno pastoral de la diócesis de Alajuela (Costa Rica), presentada por monseñor ÁNGEL SAN CASIMIRO FERNÁNDEZ, O.A.R.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Las Vegas (EE.UU.), presentada por monseñor JOSEPH ANTHONY PEPE.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Tandag (Filipinas), presentada por monseñor NEREO P. ODCHIMAR.

Al gobierno pastoral de la archidiócesis metropolitana de Jaro (Filipinas), presentada por monseñor ÁNGEL N. LAGDAMEO.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Nelson (Canadá), presentada por monseñor JOHN CORRIVEAU, O.F.M., Cap.

Al gobierno pastoral de la arquidiócesis de Antequera, Oaxaca (México), presentado por monseñor JOSÉ LUIS CHÁVEZ BOTELLO.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Vanimo (Papúa Nueva Guinea) presentada por monseñor CESARE BONIVENTO P.I.M.E.

Al oficio de obispo auxiliar de la archidiócesis de Guadalajara (México) presentada por monseñor JUAN HUMBERTO GUTIÉRREZ VALENCIA, obispo titular de Giunca de Bizacena.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Ipiales (Colombia) presentada por monseñor ARTURO DE JESÚS CORREA TORO.

Al oficio de obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de los Caballeros (República Dominicana) presentada por monseñor VALENTÍN REYNOSO HIDALGO M.S.C., obispo titular de Mades.

Al oficio de obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de los Caballeros (República Dominicana) presentada por monseñor VALENTÍN REYNOSO HIDALGO M.S.C., obispo titular de Mades.

Al oficio de obispo auxiliar de la diócesis de Manchester (EE.UU.) presentada por monseñor FRANCIS J. CHRISTIAN.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Stockton (EE.UU.), presentada por monseñor STEPHEN E. BLAIRE.

Al gobierno pastoral de la diócesis de Getafe (España), presentada por monseñor JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO.

En una carta a los obispos de Chile el Papa pide perdón a las víctimas de abusos

Dolor y vergüenza por muchas vidas crucificadas

El Papa siente «dolor y vergüenza» frente a los testimonios de las «muchas vidas crucificadas» a causa de «graves abusos» cometidos por sacerdotes y consagrados en Chile. En una carta enviada a los obispos del país después de la «misión especial» llevada a cabo los días pasados por el arzobispo Charles Scicluna y por monseñor Jordi Bertomeu Farnós, el Pontífice reconoce «las graves equivocaciones de valoración y percepción de la situación» que se han llevado a cabo «por falta de información veraz y equilibrada» y convoca a los prelados a Roma «para dialogar sobre las conclusiones de la mencionada visita y mis conclusiones».

A los Señores Obispos de Chile

Queridos hermanos en el episcopado:

La recepción durante la semana pasada de los últimos documentos que completan el informe que me entregaron mis dos enviados especiales a Chile el 20 de marzo de 2018, con un total de más de 2.300 folios, me mueve a escribirles esta carta. Les aseguro mi oración y quiero compartir con ustedes la convicción de que las dificultades presentes son también una ocasión para restablecer la confianza en la Iglesia, confianza rota por nuestros errores y pecados y para sanar unas heridas que no dejan de sangrar en el conjunto de la sociedad chilena.

Sin la fe y sin la oración, la fraternidad es imposible. Por ello, en este segundo domingo de Pascua, en el día de la misericordia, les ofrezco esta reflexión con el deseo de que cada uno de ustedes me acompañe en el itinerario interior que estoy recorriendo en las últimas semanas, a fin de que sea el Espíritu quien nos guíe con su don y no nuestros intereses o, peor aún, nuestro orgullo herido.

A veces cuando tales males nos arrugan el alma y nos arrojan al mundo flojos, asustados y abroquelados en nuestros cómodos «palacios de invierno», el amor de Dios sale a nuestro encuentro y purifica nuestras intenciones para amar como hombres libres, maduros y críticos. Cuando los medios de comunicación nos avergüenzan presentando una Iglesia casi siempre en novilunio, privada de la luz del Sol de justicia (S. Ambrosio, *Hexameron* IV, 8, 32) y tenemos la tentación de dudar de la victoria pascual del Resucitado, creo que como Santo Tomás no debemos temer la duda (*Jn* 20, 25), sino temer la pretensión de querer ver sin fiarnos del testimonio de aquellos que escucharon de los labios del Señor la promesa más hermosa (*Mt* 28, 20).

Hoy les quiero hablar no de seguridades, sino de lo único que el Señor nos ofrece experimentar cada día: la alegría, la paz el perdón de nuestros pecados y la acción de Su gracia.

Al respecto, quiero manifestar mi gratitud a S.E. Mons. Charles Scicluna, Arzobispo de Malta, y al Rev. Jordi Bertomeu Farnós, oficial de la Congregación para la Doctrina de la Fe, por su ingente labor de escucha serena y empática de los 64 testimonios que recogieron recientemente tanto en Nueva York como en Santiago de Chile. Les envié a escuchar desde el corazón y con humildad. Posteriormente, cuando me entregaron el informe y, en particular, su valoración jurídica y pastoral de la información recogida, reconocieron ante mí haberse sentido abrumados por el dolor de tantas víctimas de graves abusos de conciencia y de poder y, en particular, de los abusos sexuales cometidos por diversos consagrados de nuestro País contra menores de edad, aquellos a los que se les negó a destiempo e incluso les robaron la inocencia.



El mismo más sentido y cordial agradecimiento lo debemos expresar como pastores a los que con honestidad, valentía y sentido de Iglesia solicitaron un encuentro con mis enviados y les mostraron las heridas de su alma. Mons. Scicluna y el Rev. Bertomeu me han referido cómo algunos obispos, sacerdotes, diáconos, laicos y laicas de Santiago y Osorno acudieron a la parroquia *Holy Name* de Nueva York o a la sede de Sotero Sanz, en Providencia, con una madurez, respeto y amabilidad que sobrecogían.

Por otra parte, los días posteriores a dicha misión especial han sido testigos de otro hecho meritorio que deberíamos tener bien presente para otras ocasiones, pues no solo se ha mantenido el clima de confidencialidad alcanzado durante la Visita, sino que en ningún momento se ha cedido a la tentación de convertir esta delicada misión en un circo mediático. Al respecto, quiero agradecer a las diferentes organizaciones y medios de comunicación su profesionalidad al tratar este caso tan delicado, respetando el derecho de los ciudadanos a la información y la buena fama de los declarantes. Ahora, tras una lectura pausada de las actas de dicha «misión especial», creo poder afirmar que todos los testimonios recogidos en ellas hablan en modo descarnado, sin aditivos ni edulcorantes, de muchas vidas crucificadas y les confieso que ello me causa dolor y vergüenza.

Teniendo en cuenta todo esto les escribo a ustedes, reunidos en la 115ª asamblea plenaria, para solicitar humildemente vuestra colaboración y asistencia en el discernimiento de las medidas que a corto, medio y largo plazo deberán ser adoptadas para restablecer la comunión eclesial en Chile, con el objetivo de reparar en lo posible el escándalo y restablecer la justicia. Pienso convocarlos a Roma para dialogar sobre las conclusiones de la mencionada visita y mis conclusiones. He pensado en dicho encuentro como en un momento fraternal, sin prejuicios ni ideas pre-

concebidas, con el solo objetivo de hacer resplandecer la verdad en nuestras vidas. Sobre la fecha encomiendo al Secretario de la Conferencia Episcopal hacerme llegar las posibilidades.

En lo que me toca, reconozco y así quiero que lo transmitan fielmente, que he incurrido en graves equivocaciones de valoración y percepción de la situación, especialmente por falta de información veraz y equilibrada. Ya desde ahora pido perdón a todos aquellos a los que ofendí y espero poder hacerlo personalmente, en las próximas semanas, en las reuniones que tendré con representantes de las personas entrevistadas.

Permaneced en mí (*Jn* 15, 4): estas palabras del Señor resuenan una y otra vez en estos días. Hablan de relaciones personales, de comunión, de fraternidad que atrae y convoca. Unidos a Cristo como los sarmientos a la vid, los invito a injertar en vuestra oración de los próximos días una magnanimidad que nos prepare para el mencionado encuentro y que luego permita traducir en hechos concretos lo que habremos reflexionado. Quizás incluso también sería oportuno poner a la Iglesia de Chile en estado de oración. Ahora más que nunca no podemos volver a caer en la tentación de la verborrea o de quedarnos en los «universales». Estos días, miremos a Cristo. Miremos su vida y sus gestos, especialmente cuando se muestra compasivo y misericordioso con los que han errado. Amemos en la verdad, pidamos la sabiduría del corazón y dejémonos convertir.

A la espera de vuestras noticias y rogando a S.E. Mons. Santiago Silva Retamales, Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, que publique la presente con la mayor celeridad posible, les imparto mi bendición y les pido por favor que no dejen de rezar por mí.

Vaticano, 8 de abril de 2018

FRANCISCO

Desde el corazón del pontificado

VIENE DE LA PÁGINA 1

nueva, y por lo tanto, también en el lenguaje de las primeras comunidades cristianas, como aparece, por ejemplo, en los saludos de las cartas de san Pablo a los romanos y a los corintios, apenas treinta años después de la predicación de Jesús.

La predicación de Cristo está en las raíces del documento papal, desde el título tomado de la conclusión de las bienaventuranzas en el Evangelio según san Mateo y que menciona otras dos exhortaciones apostólicas: la programática del pontificado (*Evangelii gaudium*) y un texto casi olvidado de Pablo VI sobre la alegría cristiana (*Gaudete in Domino*). Y precisamente las bienaventuranzas evangélicas son evocadas por el Pontífice, comentadas y resumidas en una serie eficaz de sabor franciscano, desde la primera («Ser pobre en el corazón, esto es santidad») a la octava («Aceptar cada día el camino del Evan-

A continuación publicamos una selección de algunos párrafos de la exhortación apostólica del Papa Francisco «Gaudete et exultate», publicada el 9 de abril.

1. «Alegraos y regocijaos» (Mt 5, 12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: «Camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17, 1).

2. No es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación. Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1, 4).

Capítulo primero El llamado a la santidad

3. En la carta a los Hebreos se mencionan distintos testimonios que nos animan a que «corramos, con constancia, en la carrera que nos toca» (12,1). [...] Sobre todo se nos invita a reconocer que tenemos «una nube tan ingente de testigos» (12, 1) que nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 Tm 1, 5). Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aun en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor. [...]

7. Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad». [...]

11. [...] No se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos, porque eso hasta podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discerna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cf. 1 Co 12, 7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio».

12. Dentro de las formas variadas, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamisismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. [...] Pero me interesa recordar a tantas mujeres desconocidas u olvidadas quienes, cada una a su modo, han sostenido y transformado familias y comunidades con la potencia de su testimonio. [...]

14. Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosos o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu



Exhortación apostólica Gaudete et exultate

No tengan miedo de la santidad

esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales.

15. [...] Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Lc 6a 10).

16. Esta santidad a la que el Señor te llama irá creciendo con pequeños gestos. Por ejemplo: una señora va al mercado a hacer las compras, encuentra a una vecina y comienza a hablar, y vienen las críticas. Pero esta mujer dice en su interior: «No, no hablaré mal de nadie». Este es un paso en la santidad. Luego, en casa, su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica. Luego vive un momento de angustia, pero recuerda el amor de la Virgen María, toma el rosario y reza con fe. Ese es otro camino de santidad. Luego va por la calle, encuentra a un pobre y se detiene a conversar con él con cariño. Ese es otro paso. [...]

19. Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad

de Dios: vuestra santificación» (1 Tí 4, 3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio. [...]

26. No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menoscabar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión. [...]

32. No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Dependier de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad. [...]

Capítulo segundo

Dos sutiles enemigos de la santidad

35. En este marco, quiero llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías que surgieron en los primeros siglos cristianos, pero que siguen teniendo alarmante actualidad. Aun hoy los corazones de muchos cristianos, quizá sin darse cuenta, se dejan seducir por estas propuestas enganosas. En ellas se expresa un immanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica. [...]

36. El gnosticismo supone «una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y

conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la immanencia de su propia razón o de sus sentimientos». [...]

47. El gnosticismo dio lugar a otra vieja herejía, que también está presente hoy. Con el paso del tiempo, muchos comenzaron a reconocer que no es el conocimiento lo que nos hace mejores o santos, sino la vida que llevamos. El problema es que esto se degeneró sutilmente, de manera que el mismo error de los gnósticos simplemente se transformó, pero no fue superado.

48. Porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que «todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios» (Rm 9, 16) y que «él nos amó primero» (1 Jn 4, 19).

Capítulo tercero A la luz del maestro

63. Puede haber muchas teorías sobre lo que es la santidad, abundantes explicaciones y distinciones. Esa reflexión podría ser útil, pero nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús y recoger su modo de transmitir la verdad. Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5, 3-12; Lc 6, 20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.

64. La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santos», porque expresa que la

persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha.

98. Cuando encuentro a una persona durmiendo a la intemperie, en una noche fría, puedo sentir que ese bulto es un imprevisto que me interrumpe, un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino, un aguijón molesto para mi conciencia, un problema que deben resolver los políticos, y quizá hasta una basura que ensucia el espacio público. O puedo reaccionar desde la fe y la caridad, y reconocer en él a un ser humano con mi misma dignidad, a una criatura infinitamente amada por el Padre, a una imagen de Dios, a un hermano redimido por Jesucristo. «Eso es ser cristianos! ¡O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano? [...]

109. La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomendando vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices.

Capítulo cuarto

Algunas notas de la santidad en el mundo actual

110. Dentro del gran marco de la santidad que nos proponen las bienaventuranzas y Mateo 25, 31-46, quisiera recoger algunas notas o expresiones espirituales que, a mi juicio, no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama. No me detendré a explicar los medios de santificación que ya conocemos: los distintos métodos de oración, los preciosos sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la ofrenda de sacrificios, las diversas formas de devoción, la dirección espiritual, y tantos otros. Solo me referiré a algunos aspectos del llamado a la santidad que espero resuenen de modo especial.

111. Estas notas que quiero destacar no son todas las que pueden conformar un modelo de santidad, pero son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual. [...]

Capítulo quinto

Combate, vigilancia y discernimiento

158. La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida. [...]

175. Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Este nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos. [...]

177. Espero que estas páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad. Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alejémosnos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar.

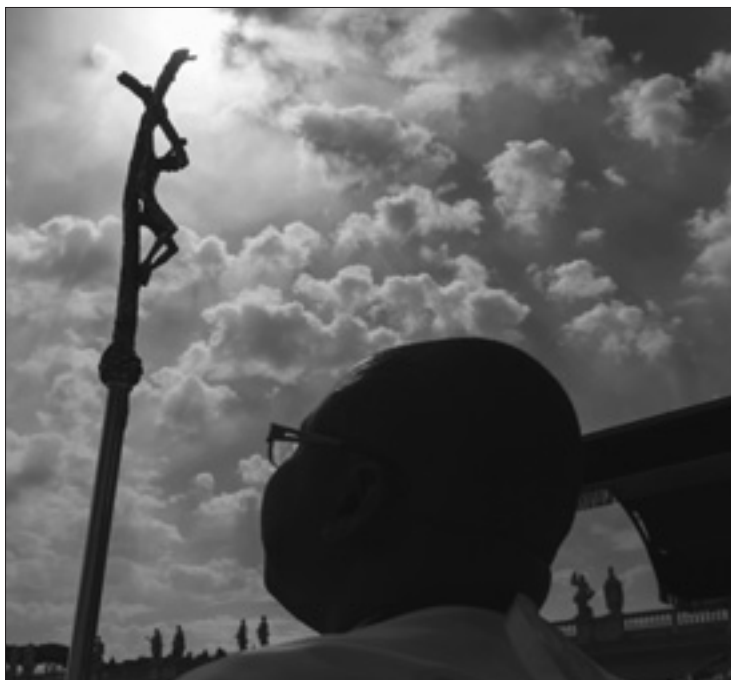


gelio aunque no traiga problemas, esto es santidad»).

Hasta el «gran protocolo» del juicio final descrito en el vigésimo quinto capítulo del Evangelio de Mateo sobre el que tantas veces ha vuelto en estos cinco años el Papa Francisco, cuya enseñanza demasiado a menudo resulta mutilada por simplificaciones y caricaturas mediáticas, a menudo malévolas y sobre todo lejanas de la realidad. Una enseñanza que, en cambio, menciona continuamente la tradición cristiana, como en la última parte de este documento, dedicado a la vida cristiana que es «un combate permanente»: contra el mal y más precisamente contra el demonio, «terrible realidad» sobre la que el Pontífice cita un texto poco conocido de Pablo VI y escribe párrafos importantes.

Al término de un extraordinario documento muy personal sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo que se cree con una conmovedora visión de la maternidad de María, la santa entre los santos.

Una mirada ecuménica de «Gaudete et exsultate»



MARCELO FIGUEROA

La reciente exhortación apostólica «*Gaudete et exsultate*» (Alégrense y Regocijense) del Papa Francisco representa un documento que bien puede denominarse de alcance ecuménico en el sentido más amplio y preciso de la palabra. En primer lugar porque deja entrever su propio derrotero espiritual, lo que hace cercano a todos. En segundo lugar porque la abundancia de citas de las Escrituras coloca sus reflexiones cercanas a la espiritualidad cristiana de manera interconfesional. Y en tercer lugar, porque llama permanentemente a una santidad concreta, laica y pragmática a personas y comunidades de todo el mundo.

Si tuviéramos que responder con honrada precisión a la pregunta de cuánto tiempo le tomó al Papa Bergoglio escribir esta carta, deberíamos responder: los casi cincuenta años que lleva de sacerdote. Francisco habla desde su profunda experiencia de santificación cristiana, nos deja conocer sus guías de espiritualidad y por lo tanto ofrece su legado más preciado de manera epistolar. Estos tesoros los encontramos por ejemplo en las citas que realiza sobre los momentos de tener que enfrentarse con la propia verdad cuando es invadida por el Señor (Art. 29); la fuerza, vida y alegría que la fidelidad al llamado de Dios a la santidad se realiza sin tenerle miedo. Miedo que se aleja cuando se enfrenta la propia humanidad y debilidad a la gracia que es liberadora en la guía del Espíritu Santo (34); la construcción de la paz espiritual que se reconoce no sencilla cuando se enfrenta a personas difíciles y complicadas y que requieren el ejercicio de mente y corazón (89); la santidad que se humaniza en el amor práctico y urgente ante las necesidades de tocar la llaga humana para reconocerle dignidad (98); la búsqueda orante y práctica que se encuentra en las bienaventuranzas de Jesús en la mayor parte del capítulo tercero y finalmente el desarrollo de conceptos muy propios de santidad humana desarrollados en el capítulo cuarto sintetizadas en aguante, paciencia, mansedumbre, alegría, sentido del humor, audacia, fervor y oración. Todo esto siempre teniendo en referencia la memoria de toda la historia de la vida personal y reconocer en ella las marcas de la presencia de la misericordia de Dios (153).

En relación a su alcance interconfesional cristiano, como decíamos al principio, la abundancia de citas, especialmente de los Evangelios, hace que los lectores no católicos de esta carta, al igual que los caminantes de Emaús, sientan arder su corazón al abrirse las Escrituras. Además, hay un texto íntegramente dedicado a este ecumenismo cristiano llamado a la santidad como un solo pueblo de Cristo: «La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu suscita “signos de su presencia, que ayudan a los mismos discípulos de Cristo”. Por otra parte, san Juan Pablo II nos recordó que «el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes». En la hermosa conmemoración ecuménica que él quiso celebrar en el Coliseo, durante el Jubileo del año 2000, sostuvo que los mártires son “una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división”» (9).

Finalmente, el tercer aspecto universal que hace de esta carta un llamado a una vida santa en términos universales y cotidianos se define en el punto 14 cuando expresa que: «Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosos o religiosas».

Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra». Esta santidad de todos tiene también un alcance planetario que debe llegar hasta los límites de las periferias, de las cuales el mismo Papa Bergoglio se reconoce proveniente, deudor y misionero. Lo vemos por ejemplo en el punto 135: «Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras... Por eso, si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos, él ya estará allí. Jesús nos primerea en el corazón de aquel hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma oscurecida. Él ya está allí».





La alegría de la santidad

ÓSCAR RODRÍGUEZ MARADIAGA *

Como un bello regalo pascual hemos recibido la nueva exhortación pastoral del Papa Francisco, firmada el día de san José y publicada el día 9 de abril.

No cabe duda de que la santidad es el rostro más bello de la Iglesia y es el proyecto divino para el cual nos regaló la gracia inestimable del Bautismo. Aquí también nos «primereó» Dios Padre haciéndonos hijos en el Hijo.

Muchas veces comenzando mis clases de Teología Moral en el Seminario de Tegucigalpa les recuerdo la carta a los Efesios: «Antes de la creación del mundo nos eligió para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor» (*Efesios 1, 4*), y nuestra vida moral no es más que «caminar de una manera digna de la vocación con que hemos sido llamados» (*Efesios 4, 1*).

Él nos quiere santos con audacia y con fervor. ¡Qué oportuno este mensaje en el camino hacia el próximo Sínodo y hacia la MJM en Panamá! No nos podemos conformar, ni ser mediocres ni «licuados». Todos, pero especialmente los jóvenes, y los que no lo somos tanto, entendemos este lenguaje sencillo y directo.

¿Cuál es la altura de la santidad? No cabe duda que la estatura que Cristo alcanza en nosotros. También nos lo recuerda San Pablo: el hombre perfecto a la estatura de Cristo (Cf. *Efesios 4, 13*).

Pero hoy día hay dos obstáculos actuales a los cuales el Santo Padre llama los enemigos de la santidad, entre otros, que nos ponen en guardia: el neo-gnosticismo y el neo-pelagianismo, que a pesar de nombres que nos remontan a herejías muy antiguas, tienen disfraces muy actuales y atrayentes, por eso: jamás una mente sin Dios y sin carne, ni la ansiedad, ni el orgullo, ni el dominio.

Gracias, Santo Padre por recordarnos que el capítulo V de la *Lumen Gentium* no puede quedarse



dormido en los anaqueles, sino que lleva consigo un dinamismo siempre actual y al alcance de la mano. Nos llama a todos, incluso a la «clase media de la santidad», a los santos de la «puerta de al lado». Los santos nos alientan y acompañan.

No tengamos miedo de la santidad porque no nos quitará fuerzas, ni vida ni alegría. Es una palabra constante del Santo Padre: no tengamos miedo. Al contrario, la santidad es fuente de una energía que ni las persecuciones, ni la maledicencia ni la murmuración nos podrá quitar.

La vida es una misión. No podemos pensar la misión del cristiano en la tierra sino como un camino de santidad sin temor a las periferias. Por eso, corramos con constancia en la carrera que nos toca. Nuestro bautismo debe fructificar en ese camino. Santos e irreprochables ante Él por el amor dejando que la gracia dé frutos de santidad.

Y los caminos concretos son las bienaventuranzas y la misericordia, con el gran protocolo de la caridad. Esta bella meditación sobre las bienaventuranzas nos recuerda la preciosa meditación sobre el capítulo 13 de la 1 Carta a los Corintios que el Papa nos regaló en *Amoris Laetitia*.

En este panorama alentador y desafiante, no puede faltar la Virgen María, la Santísima por excelencia. Ella nos libera, nos consuela y santifica.

Orando comprendemos a Jesús y discernimos.

La llamada es hoy como ayer: camina en su presencia y sé perfecto. Esta bella exhortación del Papa Francisco sigue la tónica de su magisterio animador y estimulante: la alegría del Evangelio, la alegría del amor, la alegría de la santidad.

Sólo hay una tristeza: ¡No ser santos!

*Arzobispo de Tegucigalpa, Honduras

Santos de las periferias

El Papa Francisco recuerda en su exhortación «*Gaudete et exultate*» que «Dios se hizo periferia» (cf. *Filipenses* 2, 6-8; *Juan* 1, 14) y menciona que «si nos atrevemos a llegar a las periferias, allí lo encontraremos, él ya estará allí». En su documento, Francisco resalta la importancia de «desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras» (*GE*, 135). También detalla que allí «está la humanidad más herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida» (*ibid.*). En la exhortación en la que el Pontífice habla de la santidad y reflexiona sobre la misión de la Iglesia en el mundo actual, también cita algunos modelos de santidad que pueden resultar inspiradores. Es el caso, por ejemplo, de san José Gabriel del Rosario (Villa Santa Rosa, 1840), conocido también como el «santo cura Brochero», por el que el Papa siente especial admiración. Brochero fue un presbítero católico argentino que centró su obra en la ciudad de Córdoba y destacó por su labor de asistencia a los enfermos y moribundos. En su vejez enfermó de lepra tras convivir y compartir alimentos y bebida con personas que padecían esta enfermedad y murió en 1914. Dedicó su vida a los más necesitados en las zonas más desfavorecidas: construyó iglesias y capillas, levantó escuelas rurales y abrió caminos entre las montañas, animando a los pobladores a acompañarlo y se desplazaba hasta las comunidades que lo requerían a lomos de una mula. Fue uno de esos pastores «con olor a oveja». Francisco lo ha nombrado en varias ocasiones. En 2013 destacó en una carta que «el cura Brochero tiene la actualidad del Evangelio, es un pionero en salir a las periferias geográficas y existenciales para llevar a todos el amor, la misericordia de Dios» y resaltó que «no se quedó en el despacho parroquial, se desgastó sobre la mula y acabó enfermándose de lepra, a fuerza de salir a buscar a la gente, como un sacerdote callejero de la fe».

En la exhortación, el Pontífice habla de la importancia de mantenerse «despiertos y confiados» (162-163) en la lucha contra el diablo y recuerda

las palabras de Brochero: «¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?». San José Gabriel del Rosario fue declarado venerable en 2004, durante el pontificado de Juan Pablo II y beatificado en 2013 en Argentina y posteriormente canonizado en 2016 durante el pontificado de Francisco. Es el primer santo que nació y murió en el país sudamericano y se le atribuyen dos milagros: la sanación de un bebé, Nicolás Flores, al que los médicos no daban esperanzas tras un grave accidente de tráfico y que en la actualidad lleva una vida normal y la curación de una niña, Camila, que había sido golpeada de forma severa por su madre y su padrastro.

Otro de los ejemplos de santos de las periferias que el Papa además propone en la exhortación como prototipo de las ocasiones en las que la Iglesia ha canonizado a comunidades enteras «que vivieron heroicamente el Evangelio o que ofrecieron a Dios la vida de todos sus miembros» (141) es san Pablo Miki (Kioto, 1562) y sus compañeros mártires en Japón. En 1597, cuando en el país ya había miles de cristianos, todos los misioneros extranjeros fueron expulsados por orden del

emperador. Los religiosos se escondieron, en vez de huir, para poder seguir ayudando a los cristianos allí. Pero fueron descubiertos y sometidos a un martirio atroz. Les cortaron una oreja y ensangrentados, fueron llevados a pie, en pleno invierno, de pueblo en pueblo hasta Nagasaki, para disuadir y atemorizar a quien pretendiera hacerse cristiano. En la ciudad los crucificaron, en presencia de fieles y curiosos. El padre Pablo Miki continuó predicando de forma honrosa desde la cruz a la que estaba atado y dijo a los presentes que le daba gracias al Señor por haberle concedido el honor de poder morir por propagar la verdadera religión de Dios. «Yo declaro que perdono al jefe de la nación que dio la orden de crucificarnos, y a todos los que han contribuido a nuestra verdadera religión de Dios. «Yo declaro que perdono al jefe de la nación que dio la orden de crucificarnos, y a todos los que han contribuido a nuestra verdadera religión de Dios, y les recomiendo que ojalá se hagan instruir en nuestra santa religión y se hagan bautizar», añadió. Fueron declarados santos en 1892, durante el pontificado del Papa Pío IX. Otro de los paradigmas de comunidades santas que el Papa también cita en *Gaudete et exultate*, aludiendo a que «la santificación es un camino comunitario, de dos en dos» (141) son los beatos monjes trapenses de Tibhirine (Argelia), «que se prepararon juntos para el martirio» (*ibid.*). Su monasterio cisterciense

Genio femenino

SANTA HILDEGARDA

Nació en Böckelheim en 1098 y falleció en Rupertsberg en 1179. Hildegarda fue una niña débil y enfermiza. A los ocho años fue puesta bajo el cuidado de la hermana del Conde Meginhard, Jutta, que vivía como monja en el Disenberg, diócesis de Speyer. Le enseñaron a leer y a cantar los salmos en latín, pero nunca aprendió a escribir. Más adelante fue investida con el hábito de San Benito e hizo su profesión religiosa. Jutta murió en el año 1136, e Hildegarda fue designada superiora. Numerosas aspirantes se unieron a la comunidad y ella decidió irse a otra localidad, escogiendo Rupertsberg. Tras superar muchas dificultades y obtener el permiso del señor del lugar, se estableció en su nuevo hogar con dieciocho hermanas entre el 1147 o 1148.

Pasando mucho tiempo sola a causa de su frágil salud, desarrolló una profunda vida interior, intentando hacer uso de todo para su propia santificación. Desde sus primeros años fue favorecida con visiones. Cuando tenía aproximadamente cuarenta años, Hildegarda recibió un mandato de divulgar al mundo lo que ella veía y oía. Con el tiempo, un gran número de personas se congregaba en torno a ella para escuchar palabras de sabiduría y para recibir consejo y ayuda en las dolencias corporales y espirituales. El Papa Benedicto XVI extendió su culto a toda la Iglesia el 7 de mayo de 2012 y el 7 de octubre su nombre fue agregado a la lista de Doctores de la Iglesia.

SANTA BRÍGIDA

Nació en Upsala (Suecia), en 1303, en el seno de una familia de fuertes convicciones religiosas. Tenían muchas posesiones y empleaban sus riquezas en construir iglesias y conventos y en ayudar a los pobres.

De niña le gustaba oír leer a su madre las vidas de los santos. Con apenas seis años tuvo su primera revelación. Se le apareció la Virgen para invitarla a llevar una vida santa. De ahí en adelante las apariciones fueron muy frecuentes en su vida. Un día, tras una visión, se propuso hacer que todos los que trataran con ella amaran más a Jesucristo.

Su padre la casó con Ulf, hijo de otro gobernante. Tuvieron un matrimonio feliz que duró



Santa Teresa de Lisieux

28 años y tuvieron 8 hijos, cuatro varones y cuatro mujeres. Su marido murió en 1344. Entonces Brígida repartió sus bienes entre los pobres y se dedicó a vivir una vida sencilla. Con su hija santa Catalina de Suecia se fue a Roma donde permaneció 14 años, dedicada a la oración, a ayudar a enfermos, y a dictar sus revelaciones que están contenidas en ocho tomos. Fundó la Comunidad de San Salvador. El principal convento estaba en la capital de Suecia y tenía 60 monjas. Con el tiempo llegó a tener 70 conventos de monjas en toda Europa. A la edad de 70 años murió en Roma. 18 años después fue canonizada.

SANTA CATALINA

Catalina Benincasa nació en la ciudad de Siena, Italia, el 25 de marzo de 1347. Hija número 23 de Jacobo y Lapa Benincasa, desde niña destacó por su inteligencia y religiosidad. Su madre se oponía a sus deseos de vida de piedad e intentó que se casara. Pero finalmente la admitieron en la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo.

A pesar de la fragilidad de su salud, su fisiónomía y carácter estaban dotados de una vitalidad singular. Con 18 años, Catalina comienza a convertirse en el centro de un grupo de personas que aspiran a una vida espiritual más intensa,



San José Gabriel del Rosario, el «cura Brochero»

Santos de la alegría

de Nuestra Señora del Atlas, fundado en 1938 en la localidad argelina, se convirtió en uno de los escenarios más sangrientos de la guerra civil en el país en la década de los 90. Siete de los nueve monjes que vivían en la institución fueron brutalmente asesinados y decapitados en 1996 por terroristas islamistas radicales que los secuestró para pedir la liberación de otros delincuentes extremistas. Vivían en la región más castigada por el terrorismo y bajo constantes amenazas, pero a pesar de ello declinaron las ofertas para irse y no abandonaron su monasterio con el fin de compartir el sufrimiento de una comunidad atemorizada y devastada por la violencia. «Nadie pensaba que alguien fuera a hacer daño a los monjes, a hombres de paz respetados por todos» ha contado en diferentes ocasiones a la prensa el hermano Jean-Pierre Schumacher, uno de los dos supervivientes de la matanza. Las víctimas fueron Christian, el prior del monasterio; Michel, el cocinero y jardinero; Célestin, al cargo de la hospedería; Christophe, el hortelano y Luc, el médico que curaba gratis a los habitantes de la región, y los monjes Bruno y Paul, de visita en el monasterio. El Papa Francisco firmó el decreto que reconoce su martirio en febrero de este año.



José de Rivera «Santa Teresa de Jesús», (1640-1645)



Hans Holbein el Joven, «Thomas More» (1527)

«El mal humor no es un signo de santidad» asegura el Papa Francisco en la exhortación. Por eso, presenta algunos ejemplos de santos en los que se ve que la alegría cristiana está acompañada del sentido del humor. Es el caso de Tomás Moro (Londres, 1478 – 1535), político y humanista inglés. Procedía de la pequeña nobleza, estudió en la Universidad de Oxford y accedió a la corte inglesa en calidad de jurista. En 1504 se casó con Jane Colt, con la que tendría cuatro hijos. Al morir su esposa en 1511, se casó con Alice Middleton. Fue uno de los hombres más cultos de su época, y muy amigo de Erasmo de Róterdam. Desde 1504 fue miembro del Parlamento, donde se hizo notar por sus posturas audaces en contra de la tiranía. Su obra más cono-

cida fue *Utopía* (París, 1516). Enrique VIII le concedió cargos de gran importancia: embajador en los Países Bajos, miembro del Consejo Privado, portavoz de la Cámara de los Comunes y canciller desde 1529. Ayudó al rey a conservar la unidad de la Iglesia de Inglaterra, rechazando las doctrinas de Lutero. Pero Moro dimitió como canciller cuando el rey quiso anular su matrimonio con Catalina de Aragón. Su negativa a reconocer el matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena, hizo que el rey le encerrara y lo decapitara en 1535. En 1886 fue beatificado y en 1935 canonizado. San Vicente Paúl es otro de los santos que menciona el Papa. Nació en 1581 y fue un sacerdote francés. Destacó por su labor caritativa y su atención a los olvidados de la sociedad. En 1625 fundó la Congregación de la Misión y en 1633 creó la compañía de las hijas de la Caridad. Durante una conferencia que impartió ante ambas hermandades dijo que «los pobres son nuestros señores y maestros de vida y pensamiento». Su vocación para consagrar su vida al servicio de los necesitados le llegó tras una visita a un molinero que había pedido hacer

una confesión general. El hombre acabó revelando faltas considerables que había callado en confesiones anteriores y se sintió liberado del remordimiento que lo había acompañado hasta entonces. Contó después que le invadió una alegría incontenible. Pocos días después, san Vicente, durante una homilía en el pueblo de Folleville decidió enseñar a los campesinos presentes cómo hacer una confesión general. Había tanta gente que no pudo confesar a todos y tuvo que llamar a los jesuitas de Amiens para que lo ayudaran. Era una señal de que la prédica había llegado a las almas de los fieles. Entonces, Vicente Paúl decidió que su misión era llevar el Evangelio a la gente pobre del campo. Murió en París en 1660 y fue beatificado en 1729, y canonizado en 1737.

sobre todo entre las terciarias. Los dominicos de Siena también la adoptan como maestra espiritual. Catalina procura atender a todos lo que se acercan a ella en lo material y en lo moral. Además de una gran labor social, desempeñó una importantísima actuación pública convirtiéndose en una heroica defensora del Papado durante el período de su sede en Avignon.

Catalina dejó un valioso legado espiritual a través de la correspondencia espiritual que mantuvo durante su vida. Falleció en Roma el 29 de abril de 1380, a los 33 años de edad. Fue canonizada por el Papa Pío II en 1461. El 4 de octubre de 1970 fue proclamada doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI, junto con santa Teresa de Ávila. Fueron las primeras mujeres proclamadas Doctoras de la Iglesia.

TERESA DE ÁVILA

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila en 1515. Con cuarenta años emprendió la tarea de reformar la orden carmelitana según su regla primitiva con la ayuda de san Juan de la Cruz.

Desde el monasterio de San José, fuera de las murallas de Ávila, primer convento del Carmelo reformado por ella, partió, en todas las direcciones de España y llevó a cabo numerosas fundaciones. Llegó a suscitar resentimientos, y tempo-

ráneamente se le quitó el permiso de trazar otras reformas y de fundar nuevas casas.

Tuvo contactos epistolares con el rey Felipe II de España y con los personajes más ilustres de su tiempo. Por petición del confesor, Teresa escribió la historia de su vida. Dos veces se enfermó gravemente y durante la enfermedad comenzó a vivir algunas experiencias místicas que transformaron profundamente su vida interior, dándole la percepción de la presencia de Dios y la experiencia de fenómenos místicos que ella describió más tarde en sus libros: «El camino de la perfección», «Pensamientos sobre el amor de Dios» y «El castillo interior».

Murió en Alba de Tormes en la noche del 14 de octubre de 1582, y en 1622 fue proclamada santa. El 27 de septiembre de 1970 Pablo VI la proclamó Doctora de la Iglesia.

TERESA DE LISIEUX

Teresa Martin nació en Alençon, Francia, el 2 de enero de 1873. Sus padres fueron Luis Martin y Celia Guérin, ambos santos en la actualidad. Tras la muerte de su madre, el 28 de agosto de 1877, Teresa se trasladó con toda la familia a Lisieux. El día de Pentecostés de 1883, recibió la gracia de ser curada de una grave enfermedad por la intercesión de Nuestra Señora de las Vic-

torias (la Virgen de la Sonrisa). Fue educada por las Benedictinas de Lisieux.

Su deseo era abrazar la vida contemplativa, pero su temprana edad se lo impedía. Durante un viaje a Italia, en la audiencia concedida por el Papa León XIII a los peregrinos de la diócesis de Lisieux, pidió al Papa autorización para poder entrar en el Carmelo con 15 años. Y así fue, ya que ingresó el 9 de abril de 1888. Tomó el hábito el 10 de enero del año siguiente e hizo su profesión religiosa el 8 de septiembre de 1890. Teresa dejó en sus manuscritos autobiográficos no sólo los recuerdos de la infancia y de la adolescencia, sino también el retrato de su alma y la descripción de sus experiencias más íntimas.

Durante la noche de Jueves santo, del año 1896, sufrió una hemotisis, primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte, y que ella acogió como una misteriosa visita del Esposo divino. Entró entonces en una prueba de fe que duraría hasta el final de su vida, y de la que ofrece un emotivo testimonio en sus escritos.

Fue canonizada por Pío XI el 17 de mayo de 1925, y en 1927, la proclamó Patrona Universal de las Misiones, junto con san Francisco Javier. Con ocasión del centenario de su muerte, el Papa Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia.

En la audiencia general el Papa habla del bautismo

Nuestro segundo cumpleaños

Para el cristiano el bautismo es «otro cumpleaños: el cumpleaños del renacimiento». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 11 de abril. A los fieles reunidos en la plaza San Pedro, el Pontífice —después de haber concluido el pasado miércoles el ciclo de catequesis sobre la misa— ofreció una reflexión dedicada al «sacramento que encendió en nosotros la vida cristiana».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Los cincuenta días del tiempo litúrgico pascual son propicios para reflexionar sobre la vida cristiana que, por su naturaleza, es la vida que proviene de Cristo mismo. Somos, de hecho, cristianos en la medida en la que dejamos vivir a Jesús en nosotros. ¿De dónde partir entonces para reavivar esta conciencia si no desde el principio, desde el sacramento que encendió en nosotros la vida cristiana? Eso es el bautismo. La Pascua de Cristo, con su carga de novedad, nos alcanza a través del bautismo para transformarnos a su imagen: los bautizados son de Jesucristo, es Él el Señor de su existencia. El bautismo es «el fundamento de toda la vida cristiana» (*Catequismo de la Iglesia Católica*, 1213). Y el primero de los sacramentos, en cuanto a que es la puerta que permite a Cristo Señor establecerse en nuestra persona y a nosotros sumergirnos en su Misterio.

El verbo griego «bautizar» significa «sumergir» (cf. CCC, 1214). El baño con el agua es un rito común a varias creencias para expresar el paso de una condición a otra, señal de purificación para un nuevo inicio. Pero a nosotros cristianos no se nos debe escapar que si es el cuerpo lo que se sumerge en el agua, es el alma lo que se sumerge en Cristo para recibir el perdón del pecado y resplandecer de luz divina (cf. Tertuliano, *De resurrectione mortuorum* VIII, 3; *CCL* 2, 931; *PL* 2, 806). En virtud del Espíritu Santo, el bautismo nos sumerge en la muerte y resurrección del Señor, ahogando en la fuente bautismal al hombre viejo, dominado por el pecado que separa de Dios y haciendo nacer al hombre nuevo, recreado en Jesús. En Él, todos los hijos de Adán están llamados a una vida nueva. El bautismo, es decir, es un renacimiento. Estoy seguro, seguramente de que todos nosotros recordamos la fecha de nuestro nacimiento: seguro. Pero me pregunto yo, un poco dubitativo, y os pregunto a vosotros: ¿cada uno de vosotros recuerda cuál fue la fecha de su bautismo? Alguno dicen que sí, está bien. Pero es un sí un poco débil porque tal vez muchos no recuerdan esto—. Pero si nosotros festejamos el día del nacimiento, ¿cómo no festejar —al menos recordar— el día del renacimiento? Os daré una tarea para casa, una tarea hoy para hacer en casa. Aquellos de vosotros que no os acordéis de la fecha del bautismo, que pregunten a la madre, a los tíos, a los sobrinos, preguntad: «¿Tú sabes cuál es la fecha de mi bautismo?» y no la olvidéis nunca. Y ese día agradeced al Señor, porque es precisamente el día en el que Jesús entró en mí, el Espíritu Santo entró en mí. ¿Habéis entendido bien la tarea para casa? Todos debemos saber la fecha de nuestro bautismo. Es otro cum-

pleaños: el cumpleaños del nacimiento. No os olvidéis de hacer esto, por favor.

Recordemos las últimas palabras del Resucitado a los apóstoles, son un mandato preciso: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mateo* 28, 19). A través de la pila bautismal, quien cree en Cristo se sumerge en la vida misma de la Trinidad.

No es, de hecho, un agua cualquiera la del bautismo, sino el agua

igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (*Romanos* 6, 3-4).

Sumergiéndonos en Cristo, el bautismo nos convierte también en miembros de su Cuerpo, que es la Iglesia y partícipes de su misión en el mundo (cf. CCC, 1213). Nosotros bautizados no estamos aislados: somos miembros del Cuerpo de Cristo. La vitalidad que brota de la fuente bautismal está ilustrada por estas palabras de Jesús: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto» (cf. *Juan* 15, 5). Una misma vida, la del Espíritu Santo, corre de Cristo a los bautizados, uniéndolos en un solo Cuerpo (cf. *1 Corintios* 12, 13), ungiendo con la santa

mo. Pero esto significa no tener confianza en el Espíritu Santo, porque cuando nosotros bautizamos a un niño, en ese niño entra el Espíritu Santo y el Espíritu Santo hace crecer en ese niño, desde niño, virtudes cristianas que después florecen. Siempre se debe dar esta oportunidad a todos, a todos los niños, de tener dentro el Espíritu Santo que les guíe durante la vida. ¡No os olvidéis de bautizar a los niños! Nadie merece el bautismo, que es siempre un don para todos, adultos y recién nacidos. Pero como sucede con una semilla llena de vida, este don emana y da fruto en un terreno alimentado por la fe. Las promesas bautismales que cada año renovamos en la Vigilia Pascual deben ser reiniciadas cada día para que el bautismo «cristifique»: no debemos tener miedo de esta palabra; el bautismo nos «cristifica», quien ha recibido el bautismo



en la que se ha invocado el Espíritu que «da la vida» (Credo). Pensemos en lo que Jesús dijo a Nicodemo para explicarle el nacimiento en la vida divina: «El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. No nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es Espíritu» (*Juan* 3, 5-6). Por eso, el bautismo se llama también «regeneración»: creemos que Dios nos ha salvado «según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo» (*Tito* 3, 5).

El bautismo es por eso un signo eficaz de renacimiento, para caminar en novedad de vida. Lo recuerda san Pablo a los cristianos de Roma: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al

unción y alimentado en el banquete eucarístico.

El bautismo permite a Cristo vivir en nosotros y a nosotros vivir unidos a Él, para colaborar en la Iglesia, cada uno según la propia condición, en la transformación del mundo. Recibido una sola vez, el lavado bautismal ilumina toda nuestra vida, guiando nuestros pasos hasta la Jerusalén del Cielo. Hay un antes y un después del bautismo. El sacramento supone un camino de fe, que llamamos catecumenado, evidente cuando es un adulto quien pide el bautismo. Pero también los niños, desde la antigüedad son bautizados en la fe de los padres (cf. *Rito del Bautismo de los niños*. Introducción, 2). Y sobre esto yo quisiera decir una cosa. Algunos piensan: ¿Pero por qué bautizar a un niño que no entiende? Esperemos a que crezca, que entienda y sea él mismo quien pida el bautis-

y va «cristificado». Se asemeja a Cristo, se transforma en Cristo y lo convierte verdaderamente en otro Cristo.

«Ser bautizado significa ser llamado a la santidad»: lo recordó el Papa en los saludos dirigidos a los distintos grupos de fieles presentes en la audiencia, al concluir la catequesis.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. En este tiempo pascual, los animo a recordar el día de su bautismo, que es el mayor regalo que hemos recibido, para que haciendo memoria de nuestra condición de cristianos tomemos conciencia de que pertenecemos a Dios y estamos llamados a ser testigos, en el ámbito donde vivimos, de la alegría de la salvación. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.